

Juan Bautista Montini. Una vida para el papado

José Luis GONZÁLEZ NOVALÍN

En la vida de los grandes personajes históricos hay destinos sorprendentes; pero hay otros cantados de antemano, que llegan a verificarse tal y como habían sido previstos. Uno de estos es el de Juan Bautista Montini, cuya carrera hacia el Supremo Pontificado comenzó a perfilarse con bastante aproximación desde la entronización de Pío XII. Su servicio diuturno y comprometido con este gran papa le cualificó como un puntal de la curia romana y como uno de los mejores conocedores de la situación de la iglesia en su tiempo, condición indispensable para entrar con posibilidades de éxito en la rosa de los papables. Por esta razón no habría sorprendido a nadie que, a la muerte de Pacelli, se hubiera convertido en realidad el rumor periodístico de la elección de un candidato ajeno al colegio cardenalicio, y que éste fuera el arzobispo de Milán, Juan Bautista Montini. El mismo patriarca de Venecia, Angel José Roncalli, aludió a esta posibilidad antes que las conversaciones tenidas en Roma durante el novenario fúnebre de su antecesor le hicieran sospechar que los purpurados pensaban en su anciana y humilde persona para un pontificado de transición¹.

Y es que Montini no sólo ofrecía cualidades morales que avalaban su candidatura, sino que poseía hasta una figura pontifical, que significaba mucho para los que habían conocido a Pío XII. La primera vez que yo vi a Montini fue en la Plaza de España, el 8 de diciembre de 1954, mientras él esperaba con el personal de la Secretaría de Estado y de la Embajada de España ante la Santa Sede la llegada del gran pontífice para la ofrenda floral de aquel año mariano (1.^{er} centenario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de María). Llevaba un manteo rigurosamente negro, lo mismo que su sotana, y destacaba entre el resto de los presentes por su austera y grácil figura. Por eso no me sorprendió,

1. CREMONA, 188s. Sobre la candidatura Roncalli, cfr.: Emilio CAVATERRA, *Il prefetto del Sant'Offizio. Le opere e i giorni del cardinale Ottaviani*, Mursia, Milano 1990, 3-5.

que nueve años más tarde, cuando le vi aparecer en la logia de San Pedro, después de haberse esclarecido el color de una «fumata», que al principio oscilaba entre el blanco y el negro, una persona que estaba a mi lado comentara con voz sumisa: «Sembra Pacelli». Efectivamente, Montini aparecía tan semejante a Pío XII que se tendía a considerarlo como su sucesor natural, aunque ya era claro que la inmensa, y en aquel momento entusiastamente figura de Juan XXIII había roto la continuidad entre ambos.

Porque aquel hombre que aparecía en el balcón de San Pedro, vestido de blanco, no era Pacelli sino Montini. Y, aunque su pontificado tendría siempre algún rasgo paceliano, sería en realidad desarrollo y aplicación del programa eclesial que se iba perfilando en su ánimo desde su entrada en la Secretaría de Estado, en los primeros años del papa Pío XI. A la hora de su elección, este programa no estaba lejos del de Juan XXIII, que desde su llegada a Venecia había entablado con Juan Bautista Montini una estrecha relación pastoral, que no habría de cortarse con su elevación al pontificado. Como es sabido, el papa Juan había querido que el Eminentísimo de Milán tuviera un apartamento en la ciudad vaticana, a un tiro de piedra del del pontífice, para facilitar el contacto entre ambos, principalmente durante la celebración del concilio.

Pero Montini, de la misma manera que no iba a ser un Pío XIII, tampoco se llamaría Juan XXIV. «Vocabor Paulus» (me llamaré Pablo), dijo en el momento de su aceptación, desmintiendo las cábalas que se hacían sobre su programa y su nombre y eligiendo como modelo inspirador de su ministerio al apóstol cuya devoción venía siendo durante los últimos años muy actual en la iglesia.

En esta elección culminaba la trayectoria biográfica de Juan Bautista Montini; una trayectoria que, pese a sus referencias a la línea quebrada de que hablan sus cartas, había sido siempre derecha, y alterada por pocas sorpresas². En este sentido, si alguna hubo, habría que ponerla en su misma opción por el sacerdocio, inusitada en su familia burguesa, y en su nombramiento para la archidiócesis de Milán, que dejaba truncada su brillante carrera de curia. Pero, admitido esto, lo demás venía por su pie desde su nacimiento.

2. «Ti avrei voluto vedere in cura d'anime o su una cattedra in seminario», le escribe su padre en 1922, compartiendo probablemente sus mismos gustos (*Familiari* I, 183n.). Veinte años más tarde, escribe Montini: «Sono a giorni cinque anni che mi trovo a questo posto (el de Substituto); mi pare d'aver accumulato assai piú responsabilità che merito e d'aver oggi l'impressione del primo momento: quella d'esser qui per indebita combinazione, in attesa d'esser restituito a qualche cosa di piú semplice e piú mio. Penso allo studio lasciato, al contatto col ministero ridotto, alla preghiera abbreviata...» (*Ib.* II, 985).

1. Un noviazgo que nace en Roma

Juan Bautista nació en Concesio, en la residencia veraniega de los Montini, el 26 de septiembre de 1897. Sus antepasados se habían asentado en Brescia a principio del siglo XIX, donde los más representativos de sus varones ejercían la carrera de medicina. Su abuelo, Ludovico, muerto en la flor de la juventud, era conocido además por sus aficiones literarias y artísticas. El primero en romper con la tradicional profesión familiar fue Giorgio, el hijo mayor de éste, que, adornado de condiciones humanísticas semejantes, estudió derecho civil y compartió de por vida el ejercicio de la abogacía con la dirección de un diario católico-progresista. El abogado poseía excelente formación religiosa y política y, como buena parte de los católicos que formaron la generación del 1870, trataba de conciliar la fidelidad al papa, despojado de su poder temporal, con la conseguida unidad de la patria. Fue obediente al *Non expedit* de Pío IX (no se puede participar en la vida pública de la nación con voto activo o pasivo), aunque sus preferencias estaban con el partido católico concordista, que profesaba el principio de *prepararse con la abstención* para la política del futuro. Esta era la ideología de *Il cittadino di Brescia*, el diario que comenzó a dirigir en 1881, a los dos años de su fundación. Desde ese momento su actividad fue incesante en los medios y en el ámbito organizativo y asistencial de la Iglesia. Cuando en 1904 se permitió el voto de los católicos, entró de lleno en política y en 1919 obtuvo un escaño del partido popular en el parlamento. Inmediatamente vinieron las dificultades con el movimiento fascista, que en 1925 se incautó del periódico y en 1926 declaró la ilegalidad de los populares. Giorgio Montini abandonó el parlamento; pero permaneció en el partido de don Sturzo, aunque intelectualmente adscrito a la esfera de los patriotas como Cantù, que, sin dejar de ser católicos, no renunciaban a un ápice de la conseguida unidad italiana.

El lector ya habrá entendido que estamos hablando del padre del futuro pontífice Pablo VI, y se habrá dado cuenta de la herencia ideológica que pudo transmitir a su hijo. Otras circunstancias nos harán entender por qué éste la conservó con inviolable fidelidad durante toda su vida. La primera es seguramente la influencia de su madre, Giuditta Alghisi.

Esta sensible y discreta mujer procedía también de una familia bresciana, de notable prestigio entre la clase burguesa, tanto por la representación de sus miembros en la administración municipal y en mundo de la cultura como por el rico patrimonio de fincas rústicas que poseía en Verolavecchia, localidad que, andando el tiempo, iba a ser otra residencia veraniega de los Montini. La verdad es que Jovita había disfrutado poco de la libertad de los campos porque, huérfana de padre y madre a los cuatro años, se había educado en el colegio de «las Marcelinas», un instituto religioso fundado en Milán para las niñas de clases

acomodadas. Terminado el tiempo de sus estudios, había pasado a vivir, siempre en ciudad, con una de sus tías maternas, con la que realizaba frecuentes viajes dentro y fuera de Italia. Fue en uno de éstos, que tenía a Roma como destino, donde conoció al abogado Giorgio Montini, el grande y único amor de su vida. Como al matrimonio se oponía su tutor, un garibaldino alcalde de Brescia, fue necesario esperar dos años, hasta que Jovita cumpliera los 21. Se celebró por fin el enlace en 1895, cuando el novio iba a cumplir 35.

La esposa pasó definitivamente a la casa de los Montini, cuyas riendas llevó su suegra, Francesca, hasta su muerte acaecida en 1921. Esta es la «cara nonnina» (querida abuelita) que, viuda desde su juventud, conoció el futuro Pablo VI como punto de referencia de las tradiciones recibidas por la rama de los Montini. La joven Jovita llevó a aquella casa, junto con una exquisita sensibilidad natural, la excelente cultura francesa que había recibido en las Marcelinas y que siguió cultivando con la lectura de libros de devoción y la traducción al italiano de algunas piezas, que se publicaban en el diario de su marido. Pero su ocupación principal fue la entrega a su esposo y a los tres hijos nacidos de aquella unión en el espacio de cuatro años (1896-1900). El segundo de ellos, llamado Juan Bautista, Enrique, Antonio, María, era el destinado a entrar en la historia con el nombre de Pablo VI.

*2. *Mente sana en cuerpo endeble**

La infancia de Juan Bautista no encierra ningún dato hagiográfico, como no sean la acusada sensibilidad y endeble complexión física que, heredadas de su madre, constituían el frágil soporte de su salud. Los suyos trataron de compensar esta circunstancia encomendándole a una nodriza (la señora Clorinda Zanotti, madre de cuatro hijos), que durante catorce meses le tuvo en su casa de aldea; y, al llegar la hora de la separación, tuvo que acompañarle todavía un tiempo en casa de los Montini porque la nostalgia que sufría el niño podía causar retrasos en su crianza.

A los seis años le matricularon en el colegio de los jesuitas «Cesare Arici» para la enseñanza primaria y el subsiguiente bachillerato. Era esta de la enseñanza privada una opción de sus padres frente a las presiones de la sociedad laica por la enseñanza estatal. Los resultados fueron buenos, pero muy fatigosos; porque los años de la enseñanza primaria estuvieron marcados por una tal vivacidad del alumno que rayaba en el nerviosismo, y los del bachillerato por problemas de salud (insuficiencia cardíaca, disturbios gástricos...), que alteraban su ritmo de asistencia a las clases. Con todo, el aprovechamiento académico fue plenamente satisfactorio aunque sus notas, siempre elevadas, no alcanzaban la

cota de las de su amigo Andrea (Andrés) Trebeschi, a quien distinguía con su afecto y admiración³. Superados los exámenes del bachillerato elemental (*gimnasio*) en el tolerante instituto de Chiari y los del bachiller superior (*liceo*) en el prestigiado y riguroso de «Arnaldo da Brescia», Juan Bautista Montini tenía que optar por su definitiva carrera; y lo hizo por el sacerdocio.

Esta fue seguramente una de las decisiones menos lineales en el desarrollo de su biografía. Y así, sus familiares fueron los primeros en sorprenderse, entre otras razones porque veían que su salud no estaba en condiciones de soportar las pruebas de un internado. La decisión, sin embargo, fue aceptada con el respeto que requería la seriedad con que había sido tomada. Hacía algunos años que Bautista conocía la abadía de benedictinos franceses instalados en Chiari y se sentía atraído por sus expresiones monásticas. Sesenta años más tarde diría en una audiencia de abades que allí había sentido los primeros deseos de consagrarse al servicio de Dios; pero se guardó de añadir si pensaba hacerlo en el sacerdocio secular o en la vida benedictina.

Que en 1913 ya contemplaba la posibilidad de entrar en el seminario se deduce de una confidencia de su camarada Lionello Nardini, que le había precedido en el centro, a uno de sus superiores: «tengo un compañero de clase que también quiere entrar en el seminario; tiene poca salud y sus padres quieren que vaya de externo al liceo de Arici: se llama Bautista Montini»⁴. Un año más tarde Andrea Trebeschi anotaría en su diario: «Bautista Montini, mi buen amigo,... ofrece su vida a Dios, se hace cura»⁵. Hacía unos meses que había comenzado la guerra mundial, cargada de tristes acontecimientos familiares y públicos, que sin duda influyeron en su decisión. Todavía pasaron dos años antes que Juan Bautista Montini se matriculara de externo en el seminario de Brescia, por especial concesión del obispo, frecuentando las clases desde octubre de 1916 hasta el día su ordenación, el 29 de mayo de 1920.

Aquellos años fueron los más intensos y decisivos en la formación del futuro pontífice, porque entonces entró en contacto con el apostolado directo, que

3. Nacido el 3 de septiembre de 1897, contrajo matrimonio con Vittoria De Toni en 1922; prisionero de los alemanes en 1944 y deportado a los campos de concentración de Dachau y de Mauthausen, murió en el de Gusen el 24 de enero de 1945. (*Montini giovane*, 128; *Familiari* I, 2). Otras noticias en Giovanni Battista MONTINI, *Lettere a un giovane amico. Carteggio di G.B.Montini con Andrea Trebeschi*, a cura di Cesare Trebeschi, Queriniana, Brescia 1978.

4. *Montini giovane*, 135. Lionello Nardini, rigurosamente contemporáneo de Juan Bautista, ingresó en el seminario en 1913; alistado en el ejército en 1916 (guerra mundial), fue suboficial del cuerpo de artillería y, después de una extenuante campaña, murió de muerte natural en el hospitalillo de Vesio en 1918. *Ib.*, 135-138. Fue, con Trebeschi (supra, nota 3), el gran amigo de la juventud de Montini.

5. *Ib.*, 118.

sería su pasión de por vida, aunque no podría entregarse de lleno a él hasta su nombramiento para la archidiócesis Milán, con la excepción de los pocos años de su consiliaría de la FUCI (Federación de Universitarios Católicos Italianos). Fueron años de estrechamiento de los vínculos familiares, al ser llamado a las armas su hermano mayor, Ludovico, y tener que ocupar su puesto él, que había librado del servicio por estrechez de pecho; fueron los años del asociacionismo apostólico, participando con cargos de responsabilidad en la Congregación Mariana y en la Acción Católica diocesana, sin descuidar la presencia en las organizaciones caritativas de la parroquia (conferencias de San Vicente de Paúl) y las actividades del oratorio de Santa María de la Paz. Pero fueron también años de crisis y desfallecimiento vital, que logró superar gracias a la atención de sus padres y a la fraterna y creciente amistad con Trebeschi, que también tuvo que marcharse a la guerra. La soledad de Montini quedó marcada asimismo por el fallecimiento, como resultas del frente, de su precursor en el seminario, Lionello Nardini, a quien tomó como ángel protector de su vocación.

Pero de todos estos episodios los que verdaderamente influyeron en su futuro fueron la fundación de «La Fionda», el periódico que Trebeschi dirigía y cuya redacción hospedaba en su casa. Allí publicó Montini innumerables artículos, principalmente sobre los problemas del laicismo y la escuela en Italia. Allí fue donde hizo las primeras armas de la comunicación literaria y directa, que más tarde sabría transformar en eficaz instrumento de su pontifical magisterio. Y después, su encuentro con Santa María de la Paz, el santuario de Brescia encomendado a los oratorianos de San Felipe Neri, algunos de cuyos miembros influyeron decisivamente en su espiritualidad y en su vida. Tales los PP. Pablo Carresana, su confesor, y Julio Bevilacqua, un discípulo del cardenal Mercier que, al volver de la universidad de Lovaina, se convirtió en paladín de la democracia, de la cultura moderna y de la Sagrada Liturgia. Sobre la influencia de este hombre en el joven Montini se han escrito juicios dispares. Yo comparto el testimonio afirmativo de Francesco Montini, que Pablo VI refrendó con la elevación de Bevilacqua al cardenalato en el consistorio de 1965. De todas formas, yo me he ocupado de esta figura en un artículo, todavía inédito, cuyas afirmaciones no es del caso repetir aquí⁶.

Juan Bautista Montini estaba preparado y dispuesto para entregarse a la vida pastoral inmediatamente después de su ordenación; pero el obispo de Brescia, Jacinto Gaggia, le pidió que continuara estudios en Roma; y así, comenzó a ser alumno del Seminario Lombardo en 1920, matriculándose en la Facultad de

6. *Liturgia y religiosidad popular en la vida y doctrina de Pablo VI*, Comunicación al Coloquio Internacional sobre la Constitución Apostólica «*Evangelii Nuntiandi*», Istituto Paolo VI, Brescia 1995.

Filosofía de La Pontificia Universidad Gregoriana y en la de Letras de La Sapienza. Había transcurrido un año de incómodo alojamiento cuando un amigo de la familia le presentó al cardenal Gasparri como posible alumno de la Pontificia Academia de Nobles (hoy, Eclesiástica) para el servicio diplomático de la Santa Sede. Allí fue admitido en noviembre de 1921, y allí, sin saberlo ni buscarlo el interesado, las agujas de su vida quedaron definitivamente orientadas.

3. *Entre la universidad y la burocracia*

Montini mantuvo su residencia en la Academia Eclesiástica hasta el otoño de 1926, compartiendo los estudios con su misión diplomática. Tuvo que enfrentarse por ello a una actividad incesante, como bien demuestran los títulos y nombramientos que recibió por entonces: en 1922 obtuvo el doctorado en Derecho Canónico en el Seminario de Milán, a donde oportunamente había trasladado la matrícula; en 1923 fue agregado a la Nunciatura en Polonia, donde estuvo desde mayo hasta octubre; y, al volver a la Urbe, le nombraron consiliario del Círculo Romano de Universitarios Católicos, dependiente de la FUCI; en 1924 consiguió el doctorado *in utroque iure* en la homónima Facultad Lateranense (entonces «Apollinare») y aprovechó sus estudios de Filosofía y Letras para conseguir el doctorado en la primera de estas disciplinas ante el colegio de Protonotarios Apostólicos; el mismo año hizo en París cursos de verano de lengua y literatura francesa, obteniendo el correspondiente diploma; en octubre entró en la Secretaría de Estado y en 1925 le nombraron consiliario de la Federación de Universitarios Católicos (FUCI), donde se mantuvo hasta el 1933.

Como se ve, la vida de Juan Bautista Montini oscilaba entre dos llamadas: la del servicio diplomático a la Santa Sede y la del apostolado intelectual universitario. Dejando a parte la primera, de la que nos ocuparemos más adelante, fijémonos por el momento en la segunda, que era la que le proporcionaba mayores satisfacciones humanas y por la que hubiera querido optar en un hipotético, aunque cada vez menos probable, futuro.

Durante los primeros años de su estancia en Roma mantuvo su presencia en el movimiento católico de Brescia a través de su colaboración en «La Fionda»; pero el mundo romano le abría nuevas posibilidades de relacionarse con personas que se movían, como él, en el campo del apostolado y de la cultura. Piénsese, por ejemplo, en la poetisa Juanita Magnani (†1934), de la que prologó una selección de poemas⁷, o en el presidente de la FUCI, Iginio Righetti (†1939), en el

7. Reproducido el prólogo en *Notiziario* 4, 16-19.

erudito alumno de la Academia Eclesiástica Mariano Rampolla (†1945), en su colaborador Sergio Paronetto (†1948) o en el teólogo pontificio, el P. Mariano Cordovani (†1950), a quienes dedicó entrañables semblanzas⁸; y, por fin, en las evocaciones dedicadas al hoy beato Pier Giorgio Frassati (†1925), vida paralela, en muchos aspectos, de la de Juan Bautista Montini⁹.

Especialmente importantes como artículos de alta divulgación fueron sus colaboraciones en la revista «Studium», cuya redacción había tomado a su cargo la FUCI. En ellos se ocupó de personalidades y escritos que acaparaban la atención editorial por aquellos años: las homilias de San Juan Crisóstomo, el Libro de la Plegaria Común, el «Syllabus» de Pío IX, las obras de Chesterton, Grandmaison, Maritain y Gentile; y hasta de manuales destinados al estudio de la teología, como los apuntes de E. Guano sobre la Iglesia, o la Suma de Teología Moral de H. Noldin. El mismo, que se sentía fuertemente atraído por los estudios históricos, trató con personas bien conocidas en este campo, como Pio Paschini, Giuseppe De Luca, Michele Maccarrone, y enseñó la Historia de la Diplomacia Pontificia en el Instituto jurídico del «Apollinare». Así fue adquiriendo la facilidad de trato con escritores y literatos de diferentes corrientes (T. Gallarati Scotti, G. Prezzolini, J. Guitton, etc.)¹⁰, que nunca sería interrumpida.

En este contexto es natural que el joven alumno de la Academia sintiera un atractivo menor por la diplomacia. En sus cartas a casa, verdadero arsenal de la situación de su espíritu, la imagen del diplomático es a veces objeto de una sutil censura; mas no creo que esto se deba a que Montini dejara de valorar la importancia de este servicio o a que cediera a la tentación, no infrecuente, de alejarlo de su persona. No; lo que Montini no compartía eran las formas con que se disfrazaba el ejercicio de la diplomacia eclesiástica, estilos inveterados a los que le costaba trabajo ajustarse y que no estaba en su mano cambiar¹¹. Esto le producía una sensación de provisionalidad y vacío que sólo lograba colmar con el cariño y la comprensión de sus padres. Las cosas podrían cambiar al recibir el

8. Notas biográficas de estas figuras en *Familiari* I, 436, 165, 98 y II, 773.

9. *Notiziario* 20, 7-21.

10. Cfr. en general: Franco LANZA, *Paolo VI e gli scrittori*, Istituto Paolo VI, Brescia 1994 (ver índice). En especial: N. RAPONI, *Tommaso Gallarati Scotti e Paolo VI*, en *Notiziario* 15, 41-90; G. PREZZOLINI, *Quel mio giovane amico*, *Ib.* 7, 63-65; M. Jean GUITTON, *Intervento*, *Ib.* 23, 64-68. Atención a su obra: *Dialogues avec Paul VI*, Fayard, París 1967. Numerosas referencias a los dos primeros: Lorenzo BEDESCHI, *Il modernismo italiano*, San Paolo, Roma 1995.

11. «Un stile evitante il procedere netto e aperto e che gli apparve più conforme al calcolo dell'umana prudenza che alla legge della sincerità evangelica». N. VIAN, *Familiari*, Introduzione XXVIII. Si a eso añadimos una especie de decaimiento ante la provisionalidad, precariedad, posible destino fuera de Italia, trabajo agobiante, ineficacia, resultado modesto etc. nos acercaremos un poco a la situación interior de Montini en determinados momentos de su carrera.

nombramiento de Substituto, el 13 de diciembre de 1937. Pero, inexplicablemente, este nombramiento venía después de un calvario y le reservaba también no pocas zozobras.

4. La dimisión de la FUCI

Con fecha del 9 de marzo de 1933 publicaba el quincenal «Azione Fucina» una carta de Mons. Pizzardo, Consiliario General de la Acción Católica Italiana, en la que se agradecían a Mons. Montini los servicios prestados a la FUCI a la vez que se admitía la dimisión que había presentado a su cargo por incompatibilidad con sus crecientes ocupaciones en la Secretaría de Estado. Que no se trataba de una dimisión espontánea era voz común en Roma, aunque no había claridad sobre las causas que la habían motivado. Yo creo que hoy ya tenemos la serenidad suficiente para descifrarlas con bastante aproximación. Ante todo hay que considerar el clima hostil que, con la subida al poder del fascismo, se había creado en Italia en torno a las organizaciones juveniles católicas y a los representantes de la política democrática, como eran los miembros de la familia Montini, que habían vivido en 1916 la incautación del periódico y en 1924 la expulsión de su padre de la cámara de los diputados. Este episodio, que repercutió negativamente en la salud del interesado, marcó también para siempre la actitud de su hijo frente a los regímenes totalitarios. Los mismos Pactos Lateranenses (1929), considerados como un triunfo de la Iglesia en Italia, fueron vistos por Montini como una cesión de la Santa Sede, que, por ganar independencia territorial, comprometía su libertad apostólica. Sus opiniones quedaron patentes no sólo en sus cartas¹² sino en los artículos que publicaba en las revistas fucinas y en sus clases de Historia de la Diplomacia. Consecuente con su actitud y con sus antiguas fidelidades, no dudó en acoger en su casa de Roma al P. G. Bevilacqua, desterrado de Brescia por su resistencia al fascismo. Todo ello explicaba el registro policial de que había sido objeto el centro romano de la FUCI, a fines de mayo de 1931, en presencia del mismo Montini. Evidentemente, su permanencia en un cargo de confianza de aquella organización no resultaba cómoda para na-

12. Así se expresaba el 19 de enero de 1929: «Si fa sempre un gran discorrere su una cosidetta imminente soluzione della questione romana; e la soluzione, per attesa e lusinghiera che sia alle due parti, sembra non esser priva d'un certo aspetto ridicolo per entrambi: valeva la pena di protestare per sessant'anni per così esiguo risultato?... Ora sembra che i tempi che corrono e gli uomini che comandano siano tutt'altro che ben intenzionati per il rispetto di quella forza morale e spirituale del popolo... Bisogna pregare molto perché il Signore assista la Chiesa di Roma in queste frangenti e non permetta al Suo Capo di acquistare una terrena libertà con la perdita di quella spirituale». *Familiari* II, 583s..

die. Cuando la dimisión de Montini ya era un hecho consumado, éste se creyó en el deber de exponer al obispo de Brescia, Mons. G. Gaggia, cómo se habían desarrollado los hechos¹³. Del documento, firme y pormenorizado que escribió el dimitido, se deduce que su remoción había sido decretada por el cardenal Vicario de Roma, Marchetti Selvaggiani, a instancia de algún jesuita, que quería hacerse con el movimiento universitario católico y que interpretaba como un contrapúlpite («controaltare», dice la fuente) un curso de religión que había tenido Montini. Se trataba en el fondo de una de las conocidas refriegas entre la A.C. y las Congregaciones Marianas, que en Roma dirigía el P. A. Gragnani.

El llamado a defender a Montini habría sido su superior inmediato, el futuro cardenal Pizzardo, que, al comienzo de su misión diplomática, le había abierto las puertas del Vaticano. Pero éste no quiso contrariar al vicario: descargó sobre su subordinado una lluvia de acusaciones, y le instó a que «pro bono pacis» abandonara su cargo. Más paternal en la forma estuvo el Secretario de Estado, E. Pacelli, que elogió el trabajo que Montini realizaba bajo su dependencia y le habló de la FUCI como de una actividad marginal, que no tenía por qué causarle tantos disgustos. El asunto llegó hasta el mismo Pío XI por mano de I. Righetti; pero el Papa se limitó a leer un suelto de Montini, tachado de progresismo litúrgico, y, después de hacer «alguna amena observación estilística», parece haber dicho que «Montini posee tales dotes que está llamado a servir a la Iglesia en niveles más altos»¹⁴.

La profecía del viejo pontífice tardó cuatro años en verificarse, hasta que el 17 de diciembre de 1937 Juan Bautista Montini fue nombrado Substituto de la Secretaría de Estado, ocupando un cargo que dejaba vacante Mons. Domenico Tardini, quien pasaba a ser Secretario de la Sagrada Congregación para los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios¹⁵. A partir de entonces empezó la colaboración de estos dos hombres con el futuro Papa Pío XII, y comenzó para el Substituto una de las etapas más trabajosas de su existencia: el servicio a un Papa personalista pero indeciso, la segunda gran guerra con el fracaso de la diplomacia, las campañas contra su propia persona, la muerte de los ya casi únicos y verdaderos amigos, que eran sus padres, su precaria salud, el retraso de sus normales promociones en curia, etc., fueron el ácido inseparable de su brillante carrera.

13. Verlo en *Montini giovane*, 285-91.

14. CREMONA, 135.

15. Corresponde actualmente a la *Secretaría de Estado: Segunda Sección, para las relaciones con los Estados*. Referencias interesantes a la actividad y colaboración de los nombrados en: Mons. Domenico TARDINI, *Pío XII*, Tipografía Vaticana, Roma 1960, y en Giulio NICOLINI, *Il cardinale Domenico Tardini*, Messaggero, Padova 1980.

5. En la escuela del papa Pío XII

A Juan Bautista Montini, Substituto de la Secretaría de Estado, le tocó colaborar con Pío XI sólo unos meses; y pese a la estima que de él tenía el papa lombardo, su actividad parece haber sido absorbida por la del Cardenal Secretario de Estado, a quien el Pontífice veía y quería preparar como su sucesor. La imagen externa de Mons. Montini no desbordaba los márgenes dentro de los cuales siempre se había movido el titular de su cargo. Las cosas siguieron igual al ser elegido papa Eugenio Pacelli, que, si bien puso un Secretario de Estado en la persona del cardenal Luis Maglione, muerto éste el 22 de agosto de 1944, retornó a la ayuda exclusiva del tandem Montini-Tardini, so pretexto de que quería junto a sí «no colaboradores sino ejecutores»¹⁶. Y, aún en calidad de ejecutor, es difícil decir cuál de los dos llevaba la mejor parte. Fuera del Vaticano se creía que era Montini el más cercano al Pontífice. Mas Tardini salía por sus propios fueros y comentaba el rumor con transtiberina ironía. Según su biógrafo, G. Nicolini, habría comentado así, en una carta privada, las indiscreciones de un periódico sobre la influencia del Substituto: «He leído las fantasías de aquel periodista. La verdad es que yo me ocupo de las cuestiones más graves. Mi amigo Montini tiene contactos con el mundo exterior, que le cree...responsable de todo. ¡Pobrecito! No falta más que le llamen *Eminencia* gris»¹⁷. El P. Schneider, que ha estudiado el período, no duda en calificar a Tardini como «el principal colaborador de Pío XII durante todo su pontificado»¹⁸. Ello no fue óbice para que, al llegar para ambos la hora real de la púrpura, en tiempo de Juan XXIII, Tardini hiciera todo lo posible para que su amigo, ya arzobispo de Milán, le precediera en la lista de los nombrados. A los que pasamos varios años de nuestra juventud eclesiástica leyendo en todos los documentos vaticanos la firma de *Montini, substituto*, nos decepciona un poco no encontrar en sus biografías una descripción de este período más centrada en las responsabilidades de su persona. Quizá es pedir demasiado, tratándose de una figura que no solía desbordar los límites de su competencia ni dar publicidad a sus éxitos, como demuestran sus cartas. La historia deberá esperar a que la apertura de los archi-

16. La frase parece ser rigurosamente histórica. La refiere Tardini: *Pío XII*, 790. La habría pronunciado el Papa «quando mi annunziò che non avrebbe nominato un successore al compianto card. Maglione» (5 de noviembre de 1944). Téngase en cuenta que Pío XII usaba con sus íntimos, y especialmente con el ingenioso Tardini, de familiar espontaneidad.

17. «Gli dispiacerebbe sentirsi dare dell'Eminenza grigia». NICOLINI, 162.

18. Burkhardt SCHNEIDER, *Pío XII. Pace opera della giustizia*, versión integral del alemán, ed. Paoline, Roma 1984, 32. El cardenal Jacques MARTIN, minutante en la Secretaría de Estado por aquellos años, dice más cautamente: «Da sacerdote il Sostituto Montini affrontò la spaventosa tragedia della guerra mondiale. Accanto a Monsignor Tardini, egli fu lo strumento intelligente, preciso, discreto di tutte le iniziative di Pio XII». *Notiziario* 11, 84.

vos permita distribuir equitativamente las responsabilidades de aquellos dos grandes servidores del pontificado.

Se puede decir con todo que, además de la ayuda ordinaria propia del Substituto, Pío XII encontró en Mons. Montini un valiosísimo colaborador literario para sus discursos en favor de la paz ante la inminente guerra mundial. Suyo es, por ejemplo, el borrador para el radiomensaje del 24 de agosto de 1939, con la famosa frase: «nada se pierde con la paz, todo se puede perder con la guerra», que el Papa siguió en gran parte, como constató el citado P. Schneider¹⁹.

Pero más importantes que su colaboración literaria fueron sin duda los coloquios que Mons. Montini tuvo secretamente con las personas más influyentes de la política europea, coloquios muchas veces sin resultado y mantenidos siempre con absoluta reserva, por la alta condición de las partes. Así ocurrió con las conversaciones tenidas con Su Alteza Real María José de Saboya, la futura y efímera reina de Italia, que entonces se debatía para que la nación se desenganchara del eje nazi y firmara por separado la paz con los aliados. En la misma línea hay que situar la atención de Montini a los soldados y a los prisioneros de guerra a través de una oficina de información vaticana, dependiente de su persona; el respaldo prestado a la iglesia polaca durante la invasión y desmembración del país, y otras acciones por el estilo. Todo ello explica que se reforzara la posición de Montini en el Vaticano y que el Papa Pío XII le demostrara un afecto especial, queriéndole junto a sí en actuaciones públicas tan significativas como la lectura del radiomensaje por la paz de 1939²⁰ o en la visita a San Lorenzo «extra muros», después del bombardeo del 19 de julio de 1943, por no citar las expresiones de benevolencia y elogio que el Pontífice le dedicó en audiencias privadas a sus familiares y amigos.

Pero en la medida en que pasaba el tiempo y se consolidaba en Italia la política de postguerra con el triunfo de la Democracia Cristiana (elecciones del 18 de abril de 1948), la posición de Montini en la Secretaría de Estado se vio expuesta a sordos y persistentes ataques, con manifiesta intención de socavar su ascendiente ante el Papa. Con la cautela que hay que adoptar al hacer formulaciones históricas, parece que los ataques tendían a presentar a Montini como un demócrata, condescendiente con los partidos de izquierda, y como un eclesiásti-

19. *Ib.*, l.c.. El mismo autor analizó los textos en su artículo: *Der Friedensappel Papst Pius'XII. vom 24. August 1939*, en «Archivum Historiae Pontificiae» 6 (1968) 415-24.

20. Así lo refiere a sus familiares el 4 de septiembre: «Come avrete veduto dalle fotografie, ho avuto la ventura di essere vicino al Santo Padre mentre pronunciava il suo appello di pace, poi s'è faticato non so quanto a seguire il lavoro risultato anche per noi da questi tristissimi avvenimenti». *Familiari II*, 919. ¿Velada alusión a su trabajo en el borrador del discurso?

co progresista, cuyas posiciones litúrgico-pastorales iban todavía más allá de las que el Pontífice había denunciado en la encíclica «Mediator Dei». En el fondo eran flecos de la campaña difamatoria que el fascismo había orquestado contra el Substituto a raíz de sus contactos con el representante de Roosevelt ante la Santa Sede, M. Charles Taylor, a fin de evitar la entrada de Italia en la guerra.

A causa de estas múltiples circunstancias, dentro del Vaticano se había formado un grupo de presión, encaminado a desbancar a Montini y a abrir a Tardini el camino para un eventual nombramiento de Secretario de Estado. La biografía de Pío XII de Antonio Spinosa señala como pilares de este grupo al cardenal Ottaviani, que habría acusado a Montini de fomentar la autonomía política de la DC en relación con la Santa Sede; al P. Lombardi, transmisor ante el Papa de burdos rumores en contra del Substituto; y a la Madre Pascalina Lehnert, el ama de llaves del Papa Pacelli, que habría merecido bien de la Iglesia si hubiera sabido limitar sus funciones al campo de sus responsabilidades domésticas²¹.

Que el Pontífice no tomó en consideración sus denuncias se deduce de la oferta del capelo cardenalicio que hizo a sus dos colaboradores y de los nombramientos de Pro-Secretario de Estado para los Asuntos Ordinarios (Montini) y Extraordinarios (Tardini) con que les honró el 29 de noviembre de 1952. Era el premio a la generosidad con que habían renunciado al cardenalato, dejando a Pío XII las manos libres en favor de otros candidatos en aquel consistorio. Una vez más se atribuye a Tardini la iniciativa de la renuncia; pero no se debe olvidar que Montini acogió su idea con idéntico celo y que, al final, fue su renuncia, implorada de rodillas ante Pío XII, la que movió al Papa a cambiar de propósito²².

21. *Pío XII, l'ultimo papa*, Mondadori, Milano 1992, 357s.. Amplia versión de los hechos, según testimonio del P. Virginio Rotondi, S.J.: Giancarlo ZIZOLA, *Il microfono di Dio. Pio XII, Padre Lombardi e i cattolici italiani*, Mondadori, Milano 1990. 348-357. Nota biográfica de Madre Pascalina y velada alusión a su posición en el Vaticano: *Familiari* II, 948. Son curiosas y, a mi juicio, poco oportunas sus «memorias»: *Pío XII. Il privilegio di servirlo* (trad. it. de Marola Guarducci), Rusconi, Milano 1982.

22. NICOLINI, 153s.. No deja de sorprender que P. Lehnert, que dedicó a este consistorio el c. IX de sus «memorias», no diga una palabra acerca de las candidaturas Tardini-Montini, y no escatime elogios a la intención de Pío XII de reducir el número de italianos para representar en el sacro colegio «luminosamente l'università della Chiesa» y demostrar «quanto gli stesse a cuore scegliere solo i migliori». *Pío XII*, 187 y 192. ¿Será un modo de decir que el Papa Pacelli nunca tuvo voluntad eficaz de conceder estas púrpuras, como sostuvo G.M.VIAN en las Jornadas de Estudios de Aix-en-Provence en 1990? (*Paul VI et la vie internationale*, Istituto Paolo VI, Brescia 1992, 60 —debate—). La noticia, que se basa en una manifestación de Francesco Montini, hermano del interesado, no se compagina fácilmente con la versión de Tardini.

6. *La salida para Milán. «Papa eris»*

Juan Bautista Montini fue nombrado arzobispo de Milán el 1 de noviembre de 1954, aunque la noticia no se hizo pública hasta el día 4, fiesta de San Carlos Borromeo, patrono con San Ambrosio de aquella iglesia. Un nombramiento para Montini que llevara consigo la consagración episcopal no debía sorprender a nadie; pero lo llamativo de éste era que entrañaba el alejamiento de la curia romana de un colaborador de Pío XII, precisamente cuando éste se encontraba en unas condiciones de edad y salud que parecían desaconsejar cualquier cambio en su entorno. Que entonces se hablara de un triunfo de los émulos de Montini, y hasta de una decisión del Papa encaminada a proteger la independencia de sus acciones, era inevitable, dadas las circunstancias a las que hemos aludido en el párrafo precedente. Uno de los biógrafos de Pablo VI más cercano a las fuentes personales directas trata con desenfado de eliminar este escollo: «Y para acabar de una vez para siempre con estos chismes curiales, que ronronean sobre el caso Montini, hay que pensar que la curia romana, desde Jacopone de Todi, desde Dante hasta quién sabe cuando, fue siempre blanco de críticas más o menos justificadas, porque es una realidad de este mundo, donde pueden pasar todas las cosas laudables y censurables que proceden de las virtudes y las limitaciones del hombre»²³.

En aquella marejadilla eclesiástica, que se agitará nuevamente en torno al cónclave de la elección de Montini, una cosa parece cierta: que no tuvo parte Tardini y que Pío XII actuó según los méritos y cualidades del elegido, cualesquiera que fueran sus intenciones para el presente y sus previsiones para el futuro. «Me alegro por él —dijo Tardini con su sinceridad proverbial—. Siento que se vaya. Algunos piensan que hay rivalidades entre nosotros. No es verdad, somos verdaderos amigos²⁴». El Pontífice, que no podía intervenir en la consagración de Montini, la encomendó al cardenal Tisserant, decano del sacro colegio; y envió, por su parte, un mensaje radiofónico a la Basílica de San Pedro. Otro mensaje escrito le envió para su entrada en Milán el día 6 de enero de 1955. Ello no quita que Montini viviera días de amargura y que la opinión pública no acertara a explicarse por qué iba a Milán sin la púrpura cardenalicia y por qué no volvió por la residencia pontificia hasta que Pío XII agonizara en Castelgandolfo.

23. CREMONA, 172.

24. CREMONA, 172. «Nos queremos como hermanos», según otras fuentes (NICOLINI, 161). Pablo VI recuerda así a Tardini en el décimo aniversario de su muerte: «credo d'essere fra i molti che ne hanno apprezzato le grandi doti d'ingegno e di volontà, e d'essere fra i pochi che ne hanno ammirato da vicino...la genialità e vivacità del suo carattere, la franchezza e la sincerità del suo spirito sacerdotale, la fedeltà e l'amore per la Chiesa, soprattutto». *Ib.*, 164.

A pesar de todo, las adversas circunstancias que acompañaron su salida de Roma no fueron suficientes para anular la convicción generalizada de que Montini regresaría un día para ceñir la tiara. El eco repercutía en la diócesis milanesa, que recibía al nuevo arzobispo con una aclamación ritual, tomada de un manuscrito ambrosiano: «Dignus et iustus es, Johannes Baptista Montini, papa tu eris» (digno y justo eres, Juan Bautista Montini, tú serás papa)²⁵. El título tenía en la antigüedad un significado genérico y se daba a los grandes obispos, como Cipriano; pero en esta ocasión nadie dejaba de interpretarlo según la connotación específica que el término había adquirido ya en la Edad Media.

El pontificado milanés de Montini comenzaba con muchos interrogantes, de los cuales no era el menor la falta de experiencia en la pastoral de una diócesis como aquella, que siempre había contado con excelentes preladados. Montini se insertó enseguida en la serie, empezando a delinear la figura del obispo pastor que habría de prevalecer después del Concilio.

El mismo año de su entrada en Milán inició la visita pastoral a su diócesis, logrando hacerse presente a lo largo de su pontificado en casi 700 parroquias de las 822 que integran el obispado. Enseguida empezó a preparar la gran misión de Milán, que realizó en el mes de noviembre de 1957. Una misión de nuevo cuño, encaminada a reconciliar la cultura moderna con la tradición religiosa que, pese al secularismo moderno, impregnaba la vida de la ciudad²⁶. Le dio el calificativo de «urbana», en vez del de «popular», que tradicionalmente se le aplicaba, e insistió en la moderación y sobriedad de los actos, que, sin solemnidades ruidosas, deberían llegar al seno de cada casa, como si se tratara de una celebración familiar. La misma sencillez deberían mantener los sermones, cuyo tema fundamental sería la paternidad de Dios, clave en la espiritualidad de Montini; y el tono, lejos de ser el apocalíptico, todavía en boga por aquel tiempo, debería ser el de la exhortación didáctica y convincente: «que nadie se sienta ofendido, ironizado, atacado por la predicación, sino todos invitados, amonestados, como llamados y esperados»²⁷. El eco de aquellos actos se prolongaría al menos durante un año a través de acciones y signos de utilidad pastoral, entre los cuales destacó la construcción de una iglesia, que, dedicada al Cura de Ars, quería ser como el monumento erigido a los 500 sacerdotes y obispos participantes en la misión, que además costeaban el templo²⁸.

La misión de Milán se convirtió así en paradigma de las modernas misiones urbanas; y a Montini le facilitó el encuentro con la religiosidad específica de

25. *Anni e opere*, 41.

26. *La Missione di Milano*, en *Notiziario* 14, 8.

27. *Ibid.*, 26.

28. Discurso de clausura en la catedral: *Ib*, 27.

aquella metrópoli, que en adelante cultivó como un resorte de su apostolado. En los escritos de S. Ambrosio y de San Carlos Borromeo buscó las bases de la espiritualidad diocesana, y fueron puntos de referencia de su trabajo sus inmediatos predecesores: los cards. Ferrari, cuyo proceso de beatificación inició, Schuster, recientemente beatificado, y Ratti, que le había precedido en la cátedra de San Pedro. Pero la pastoral milanesa de Juan Bautista Montini se proyectó con insospechada intensidad sobre el mundo del trabajo y de la cultura con celebraciones, mensajes e instituciones, que en parte perduran hasta el presente. El carácter regional que les compete nos excusa de tratarlas en este estudio²⁹.

Juan Bautista Montini recibió por fin el capelo cardenalicio el 15 de diciembre de 1958, abriendo la lista de purpurados en el primer consistorio de Juan XXIII. Con esta distinción llegaba a su ápice la capacidad de Montini para el supremo pontificado, capacidad que el Papa entonces reinante había constatado durante los años en que gobernaban entrambos las diócesis más típicas del norte de Italia. Por eso se interpretó como un entrenamiento para su futura misión su viaje al Brasil y a los Estados Unidos en 1960. Pero lo fueron más sus aportaciones al Concilio Vaticano II desde el primer momento de su anuncio. El arzobispo de Milán habló poco en la primera convocatoria; pero a través de sus conversaciones privadas con Juan XXIII y de su correspondencia con el Secretario de Estado fue poniendo las bases para el desarrollo de aquella asamblea, cuyos decretos habrían de llevar, todos, su firma papal.

7. El cónclave de 1963. El pontificado de Pablo VI

La elección de Pablo VI tuvo lugar en la mañana del 21 de junio de 1963, día dedicado a la memoria de San Luis Gonzaga y aquel año festividad del Sagrado Corazón de Jesús. El cónclave había durado apenas dos días (desde la tarde del 19), durante los cuales se habían realizado cinco escrutinios; pero este rápido resultado a pocos cogía de sorpresa. El cónclave venía inmediatamente después de la primera etapa del Concilio Vaticano II, que había dado a los cardenales la oportunidad de conocerse y de conocer la situación de la Iglesia en los distintos países. En este sentido la sucesión de Juan XXIII parecía menos problemática de cuanto había sido la de su antecesor. Además el cónclave había sido preparado discretamente por los cardenales adictos a la mayoría conciliar,

29. Verlas, con la correspondiente literatura, en *Anni e opere*, 39-61. Conviene destacar como fuentes: *Discorsi del Arcivescovo di Milano*, Milano 1961-1965, 5 vols. (prevista para 1997 la edición crítica de las mismos); y como estudios: VV.AA., *G.B. Montini arcivescovo*, Nuove Edizioni Duomo, Milano 1983.

es decir: a la parte reformadora, que había descubierto en los arzobispos de Milán (Montini) y de Bolonia (Giacomo Lercaro) las figuras más indicadas para aplicar su programa. A fin de evitar una dispersión de votos, que habría favorecido a la parte contraria, los electores de esta corriente parecían decididos a concentrarlos sobre Montini, cuyo experiencia y carácter ofrecían mayor garantía³⁰. Estaban, como es natural, las candidaturas opuestas, mantenidas por la corriente conservadora; pero ninguna de ellas se veía como obstáculo insuperable, pues el arzobispo de Génova, cardenal Siri, ya papable en el cónclave precedente, se mostraba escasamente dispuesto a mantener la suya³¹, mientras Antoniutti, el diplomático de la curia a quien apoyaba Ottaviani, apenas tenía más votos que los de un grupo de purpurados italianos y españoles. Pese a su militancia por la candidatura Antoniutti, algunos periódicos italianos atribuyeron el triunfo final de Montini a un magnánimo gesto del anciano secretario del Santo Oficio, el cardenal Ottaviani («Un cardinale cieco —titulaba uno de ellos— salva il conclave»). La verdad es que a nadie cogió de sorpresa el anuncio del cardenal protodiácono, porque la hipótesis de Montini era la que con mayor insistencia corría por la plaza, apenas esclarecido el color blanco de la *fumata*.

Gratamente sorprendió el nombre del elegido: «Pablo, papa VI», que concentró los ojos de los presentes sobre el de su antecesor Pablo V Borghese, que, campeando en el frontis de la basílica de San Pedro, hacía recordar no sólo al que había rematado la obra arquitectónica de Miguel Angel, sino al que vigorosamente había aplicado en la Iglesia los decretos de Trento. Pero en Montini seguramente no había pesado ninguno de los antecesores que habían llevado su nombre, sino Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, cuya devoción había experimentado desde principio de siglo un gran incremento entre la juventud. Así, el nombre del nuevo papa constituía un verdadero programa desde el primer momento de su aparición. En este contexto de general entusiasmo tuvimos la suerte de contemplar su grácil figura la tarde del día siguiente en el Pontificio Colegio Español (Palazzo Altaemps), a donde se trasladó para visitar al cardenal Pla y Deniel, que por enfermedad había salido del cónclave. ¿Pastoral o táctico acercamiento a España, donde la clase dirigente y no pocos cristianos habían recibido su elección con desagrado y sorpresa?

Su coronación se tuvo el día 30 de junio, festividad de San Pablo, según el ritual acostumbrado en la historia, con las pocas innovaciones que se atrevió a introducir el Pontífice: la ceremonia tendría lugar por primera vez en la Plaza de

30. Interesantes noticias sobre las reuniones preparatorias etc.: Giulio ANDREOTTI, *A ogni morte di Papa. I Papi che ho conosciuto*, Rizzoli, Milano 1980, 101-109.

31. Benny LAI, *Il Papa non eletto. Giuseppe Siri, cardinale di Santa Romana Chiesa*, Laterza, Roma-Bari 1993, 199-206.

San Pedro y el Papa recibiría una tiara que, regalada por los fieles de Milán, modificaba sensiblemente las líneas barrocas de aquella insignia, para ajustarse a los cánones más discretos del gusto contemporáneo. Una tiara llamada a tener corta vida, porque el Papa no volvería a utilizarla; y, después de una solemne liturgia en rito oriental, la depositó sobre el altar de San Pedro, como un don destinado a los pobres, el 13 de noviembre de 1964. Así terminó la historia de aquel ornamento que, desde finales del siglo XIII, recapitulaba simbólicamente el poder espiritual y temporal del obispo de Roma.

Pero la verdadera novedad de aquel acto hay que buscarla en el discurso del Papa, al concentrar el programa de su incipiente pontificado sobre la oferta de diálogo entre la Iglesia y el mundo de hoy, porque ambos tienen los mismos problemas y desafíos: El progreso de la ciencia y de la técnica, los avances en campos todavía inexplorados, los ideales de justicia, de desarrollo, de cooperación y de paz... «todo es nuestro, lo decimos sin vacilar», porque la Iglesia está en profunda sintonía con las aspiraciones del mundo moderno, dispuesta a ofrecer remedio a sus males y a responder a sus gritos³².

No se trataba de un programa artificialmente confeccionado por la exigencia del rito ni concebido en vista de las necesidades concretas de aquel momento sino de poner en vía de realización algo que Montini había llevado en su alma durante toda la vida y que consideraba como urgente misión de la Iglesia contemporánea. En realidad era el mismo que volvería a presentar en las alocuciones de apertura y clausura de la segunda etapa conciliar y que adquiriría perfiles concretos en la encíclica *Ecclesiam suam*, cuya última parte tiende a determinar los círculos en que se habría de desarrollar este diálogo. Un diálogo que se dirigía a la humanidad como tal, incluidos aquellos que siguen la impiedad o profesan el ateísmo, al mundo de los «servidores del Dios único y sumo, que nosotros también adoramos» (el judaísmo y el islamismo), al de los cristianos separados, para quienes «el primado de honor y jurisdicción», heredado de Pedro, ha pasado a ser un obstáculo, y, finalmente, al círculo de los «hijos de la casa de Dios...», de quienes la Iglesia romana es *mater et caput*³³.

Cuando Pablo VI publicaba esta encíclica, el 6 de agosto de 1964, el diálogo ofrecido por el pontífice ya había comenzado. Pero la parte mayor del camino estaba todavía por cubrir y aparecía ante sus ojos como un largo vía crucis, para el cual la Providencia le reservaba tres lustros. Fue en el catorce aniversario de este programático escrito, el 6 de agosto de 1978, cuando Pablo VI fue llamado a rendir cuentas al Señor de la Iglesia de su pontifical ministerio.

32. Texto original y completo en *Acta Apostolicae Sedis*, 55 (1963) 616-643.

33. *Ib.*, 56 (1964) 609-59.

La Iglesia había sido la razón de su vida, el punto preciso de su inserción en el mundo, y para ella había reservado «el supremo acto de amor» y la última «benedición apostólica», como hizo constar en su testamento. El fallecimiento ocurría en Castelgandolfo y era el día de la Transfiguración del Señor.

8. *Las riendas del Concilio*

Cuando Pablo VI subió al Supremo Pontificado, del Concilio Vaticano II sólo se había celebrado la primera convocatoria y no se había publicado ninguno de sus decretos. Por eso el rumbo que habría de seguir la asamblea se convertía en una de las primeras incógnitas que había de aclarar el Papa.

En Roma había opiniones para todos los gustos. No faltaban quienes decían que para la ceremonia de la coronación sería necesario quitar las tribunas de los Padres Conciliares, colocadas en la nave central de la basílica de San Pedro, y que esto se tomaría después como pretexto para diferir y olvidar el concilio. Pero la misa de coronación, celebrada en la plaza, dejó intacta el aula basilical. La suerte de la asamblea se decidió al día siguiente de la elección del Pontífice, cuando Pablo VI declaró ante los cardenales, reunidos en la capilla Sixtina, que su primera tarea sería ocuparse de la continuación del concilio. Cinco días más tarde fijaba la sesión de apertura de la segunda convocatoria para el 29 de septiembre de aquel mismo año, festividad del Arcángel San Miguel.

La decisión fue en general bien acogida; pues, aunque se pueda decir que Pablo VI, por su propia iniciativa, nunca se habría aventurado a celebrar un concilio por temor a las reacciones que podría suscitar en la Iglesia³⁴, en el momento de su subida al pontificado difícilmente podía congelar el convocado por Juan XXIII. Tal era el entusiasmo que en relación con el mismo había suscitado la muerte del Papa. Pese al enrarecido clima del que ya hemos hablado, altos exponentes de la curia romana optaban por la prosecución del concilio; pero a condición de que el Papa mantuviera firmemente sus riendas, toda vez que desde el principio se había manifestado la irreconciliable y persistente tensión entre la corriente mayoritaria, de signo progresista y reformador, y la minoría conservadora, que encabezaba la curia. Juan Bautista Montini, que durante la primera convocatoria había oscilado entre la neutralidad y la simpatía hacía la primera, aparecía ahora como el hombre capaz de conducir la asamblea³⁵.

Las intervenciones que había tenido los días 22 de octubre y 5 de diciembre de 1962 se habían mantenido dentro de un equilibrio que no enardecía la cu-

34. Así N. VIAN, entrevistado por G. M. Vian: «Avvenire», 6 agosto 1996, 15.

35. ANDREOTTI, 109.

riosidad con que le escuchaban los Padres. En la primera se había ocupado de innovación y de tradición en la Sagrada Liturgia, destacando los valores del rito ambrosiano, y optando por la conservación del latín en las partes sacramentales de la celebración. Apoyaba, no obstante, el uso de las lenguas modernas en las partes didácticas y oracionales, porque es preferible —decía con San Agustín— recibir las censuras de los gramáticos que ser responsables la ignorancia del pueblo. En la segunda de sus intervenciones aparecía de nuevo «la Iglesia», que debería constituir el tema central del concilio tanto en el aspecto de su dependencia de Cristo como de su servicio a la humanidad³⁶.

Pero quizá la aportación mayor de Montini, no tanto a la letra cuanto al espíritu del concilio (*sit venia verbo!*), tengamos que buscarla en sus orientaciones para la organización y el desarrollo de la asamblea, como miembro que fue de dos Comisiones preparatorias: la Central y la Técnico-administrativa³⁷. Como pastor de una diócesis, trató de difundirlo entre el pueblo a través de sus catequesis sobre la marcha de las sesiones, en las que denunció los peligros que podría acarrear la agitación de las aguas. Y así, para desmentir en su origen ilusorias expectativas, *L'Osservatore romano* publicó el mismo día de la coronación de Pablo VI (y no sin su venia) el discurso que había pronunciado en Milán sobre «lo que no se puede esperar del concilio»; concepto que volvió a aparecer en su alocución de apertura, al presentar a la Iglesia como el tema predominante de aquella convocatoria. «El concilio quiere ser el brote primaveral de las energías espirituales y morales que la Iglesia lleva en su seno... El concilio prevé a una reforma...; pero ésta no implica la destrucción de su vida actual... sino que será un homenaje a su tradición, que, depurada de formas defectuosas y efímeras, recobrará de nuevo su genuina fecundidad»³⁸. Lo que después ocurrió es historia del Concilio; pero lo es también de un pontífice que, por primera vez en la historia, tuvo que conciliar el magisterio solemne de los obispos con el carisma de su propia infalibilidad.

Pablo VI se propuso, ante todo, respetar la libertad de los Padres, sin renunciar a ser, uno de ellos y, como obispo de Roma, presidente de la asamblea; por eso no ahorró las intervenciones que entendía ser de su competencia, fueran éstas realizadas directamente, como los retoques al reglamento y los encargos enviados a las comisiones, o fueran mensajes indirectos, que se podían deducir de sus viajes y audiencias, de sus discursos y gestos. Del aula conciliar partieron algunas de sus actuaciones y en el aula conciliar concluyeron algunas otras,

36. Vincenzo FAGIOLO, *Il cardinal Montini, Paolo VI e il Vaticano II*, en *Modernité*, 561-568. Otros estudios sobre el tema: *Notiziario* 31, 62-73.

37. Ver sus observaciones y votos, *Ib.* 6, 41-47;

38. Extractos de SALIERNO, 71. Texto completo de la alocución: *Acta Apostolicae Sedis* 56 (1964) 805-816.

como la visita a la ONU, dando pie a la interpretación de Ph. Levillain, que ve en ellas un modo peculiar de conducir al Concilio a base de gestos simbólicos³⁹. Sin embargo, su actuación como Papa estuvo siempre inspirada por el sentido de su responsabilidad y se mantuvo en la línea de la «moderada reforma»⁴⁰, en la que se habían enmarcado sus votos como obispo de Milán.

Entre sus intervenciones desde el supremo pontificado no hay ninguna tan perentoria como la que puso fin al debate sobre la colegialidad, que suscitó el capítulo III de la constitución «Lumen Gentium» durante la segunda y tercera convocatoria. Como es sabido, el Papa no habría querido tomar partido en la discusión por parecerle aceptable la idea de la mayoría (Alfrink, Döpfner, Maximus IV, Lercaro...), que se expresaba en el texto y que también compartían teólogos de indiscutible ortodoxia. Si al fin se decidió a añadir a la Constitución la famosa nota que reafirmaba el primado y la independencia del Romano Pontífice dentro del colegio de los obispos, lo hizo cediendo a las instancias de la minoría, en la que militaban figuras de reconocido prestigio, como eran los cardenales Siri y Ruffini, asesorados por un buen número de teólogos clásicos. Si Siri no se deja llevar del apasionamiento con que se trató la cuestión o de su sorda dialéctica en relación con Montini, habrá que dar fe a sus confidencias a Benny Lai, a tenor de las cuales el Papa habría actuado en este episodio más por estricta exigencia de su magisterio que por la inclinación de su voluntad⁴¹. Por esta razón Siri calificó la intervención pontificia del 16 de noviembre de 1964, como una visita del Espíritu Santo al Concilio. De la resistencia de Pablo VI a corregir a la mayoría dan fe asimismo los papeles del cardenal Larraona, que habría sido el encargado de presentar y apoyar delante del Papa un apunte (¿o primera redacción de la nota?), firmada por diez cardenales⁴².

39. *La mécanique*, 293. También en *Dictionnaire de la Papauté*, 1278s..

40. G. M. VIAN, *Paolo VI*, cit. en Bibliografía. Minuciosa relación de las intervenciones de Pablo VI en la marcha del concilio: Vincenzo CARBONE, *L'azione direttiva di Paolo VI nei periodi II e III del Concilio Ecumenico Vaticano II*, en *Paolo VI e i problemi ecclesiologici al Concilio*, Istituto Paolo VI (Colloquio internazionale, Brescia 1986), Brescia 1989, 58-95.

41. *Il Papa non eletto*, 207-223. Refiere la historia de la cuestión: Claude TROISFONTAINES, *A propos de quelques interventions de Paul VI dans l'élaboration de «Lumen gentium»*, en *Paolo VI e i problemi ecclesiologici*, 97-143 (especialmente, 115ss.).

42. Al decir de los allegados al purpurado español, su intervención ante el Papa no habría facilitado en lo sucesivo la relación personal entre ambos. En realidad no podía ser de otro modo, dada la persistencia con que el cardenal defendía sus puntos de vista y la respuesta terminante de Pablo VI. Ver la abundante documentación al respecto: Giovanni CAPRILE, *Contributo alla storia della «nota explicativa previa»*, en *Paolo VI e i problemi ecclesiologici*, 588-681; especialmente, las cartas de Larraona (619-621, 622s., 648-650) y de Pablo VI (633-635). Con todo, parece tendenciosa la postura de HEBBLETHWAITE (384-94), que tiende a considerar la actuación del cardenal como un contraataque de las fuerzas conservadoras a la eclesiología del concilio.

Más moderada, aunque igualmente decisiva, fue la intervención pontificia en la suerte de otros documentos conciliares, como en la redacción de la constitución «Gaudium et spes» y en la aceptación por parte de un buen número de Padres, entre los que figuraban los españoles, de la declaración «Dignitatis humanae», sobre la libertad religiosa⁴³.

Donde el Papa actuó con absoluta independencia de la mayoría conciliar, fue en la cuestión mariológica, al proclamar a la Virgen María «Madre de la Iglesia» en un acto vespertino organizado en Santa María la Mayor, «extra concilium», el mismo día en que había tenido lugar en San Pedro la sesión de clausura de la tercera convocatoria (21 de noviembre de 1964), en que se promulgaba la Constitución conciliar «Lumen Gentium». Como es sabido, el último capítulo de aquel documento se dedicaba a «la Santísima Virgen en el misterio del Verbo encarnado y del Cuerpo místico»; y aunque recogía bellamente la doctrina y veneración de la Iglesia católica en torno la Madre de Dios, había evitado atribuirle explícitamente el título de Madre de la Iglesia en aras de otros que, al parecer de peritos y observadores, serían aceptados con menos dificultad en el ámbito del ecumenismo (Madre de Cristo, Madre del Salvador, Madre de los hombres, especialmente de los fieles)⁴⁴. Por eso la decisión del Papa fue criticada con dureza por algunos de los observadores más respetuosos con la iglesia católica, v.g. por Oscar Cullmann⁴⁵. En realidad Pablo VI no había hecho otra cosa que sacar las últimas consecuencias de la Constitución conciliar en un punto que había glosado ampliamente en el sermón matutino. Sea cual fuere la aportación de este acto a la teología mariológica en un siglo que había producido tanta, era evidente que el Papa quería dejar claro que la celebración del concilio no ponía cortapisas al ejercicio de su magisterio ordinario y que el movimiento ecuménico no equivalía a una oleada de oportunismo que pudiera anegar la normal expresión de la doctrina católica.

9. «*In omnem terram exivit sonus eorum*» (Rom 10.18)

La prosecución y culminación del concilio fue la gesta principal del pontificado de Pablo VI; pero cronológicamente ocupa sólo los dos primeros años y

43. Numerosas aportaciones, principalmente sobre la «Dignitatis humanae» en VV.AA., *Paolo VI e il rapporto Chiesa-mondo al Concilio* (Colloquio internazionale, Roma 1989), Istituto Paolo VI, Brescia, 1991.

44. René LAURENTIN, *La proclamation de Marie «Mater Ecclesiae» par Paul VI*, en *Paolo VI e i problemi ecclesiologicali*, 310-375.

45. Ver, sin embargo, su bella conferencia sobre Pablo VI y el Ecumenismo (Roma, 22 de mayo, 1981) en *Notiziario* 4, 51-62.

sería un error presentarlo como si a él se redujera toda su obra. Lo que hizo el Papa, además de orientarlo y reconducirlo cuando se encontraba agitado por diferentes espíritus, fue aprovecharlo como plataforma de lanzamiento de su programa y a la vez como punto de convergencia de su actividad durante los cinco primeros años.

Fruto temprano del Concilio y ejercicio de la colegialidad afectiva de los obispos, así como de la inquietud del Papa por el Ecumenismo⁴⁶, fueron los viajes de Pablo VI, algunos de los cuales tuvieron notoria repercusión en los documentos de la asamblea: así, el viaje a la Tierra Santa (4-6.1.1964), en el que quiso rendir homenaje a la Iglesia indivisa de los orígenes, y que el abrazo con el patriarca Atenágoras convirtió en punto de referencia del ecumenismo contemporáneo; el viaje a la India (2-5.10.1964), primer encuentro del obispo de Roma con los cuatrocientos millones de no cristianos, llamado a abrir cauce a la declaración conciliar sobre la libertad religiosa; y, sobre todo, el viaje a la ONU (3-5.10.1965), donde el Papa se presentó «desprovisto de todo poder temporal», «sin nada que dar», «sin nada que pedir» más que los anhelos de paz y justicia de toda la humanidad. El discurso, calificado por el cardenal Pavan como «el más personal, el más brillante, el más amplio y el más significativo» del pontificado de Pablo VI⁴⁷, dejó manifiestas huellas en la constitución «*Gaudium et spes*» y fue textualmente incluido en las actas del concilio. El viaje concluyó con la entrada solemne del Papa en la basílica de San Pedro (en su intención un simple retorno a casa), en el curso de la correspondiente sesión conciliar.

Pablo VI reemprendió la actividad de los viajes, apenas transcurridos dos años, para interrumpirlos por razones de salud en 1970. Durante este período tuvieron lugar los siguientes: a Fátima (13.5.1967), a Turquía (22-26.7.1967), a Bogotá (22-25.8.1968), a Ginebra (10.6.1969), a Uganda (31.7-2.8.1969), a algunos países de Asia y Oceanía (26.11-5.12.1970), durante el cual sufrió un atentado (Manila, 27 de nov.) que le ocasionó una herida a la altura del cuello, de la que no se tuvo noticia hasta después de su muerte⁴⁸.

46. El Ecumenismo constituyó, al decir del Pontífice, la cruz de su ministerio. El, que había reconocido en la «*Ecclesiam suam*» el obstáculo que su «primado de honor y de jurisdicción» suponía para el resto de las iglesias cristianas, no dudó en proclamar ante el Consejo Ecuménico de las Iglesias, el 10 de junio de 1969, que: «Mi nombre es Pedro», para pasar enseguida a ocuparse del «ministerio de comunión» que el Papa había heredado igualmente de Pedro. Ver al respecto: Yves CONGAR, *L'œcuménisme de Paul VI*, en *Modernité*, 807-820.

47. «Testimonianza», en *Paolo VI e il rapporto Chiesa-mondo al Concilio*, (Colloquio Internazionale di studio, Roma 1989). Istituto Paolo VI, Brescia 1991, 188.

48. «La ferita non fu levissima, sanguinò e dovè essere curata a lungo» (FONTANA, 236);... «come ci ha rivelato mons. Macchi nel Duomo di Milano nel 1979» (SALIerno, 79).

La imagen de un papa viajero, bien conocida en otras épocas de la historia, se había eclipsado completamente en el mundo contemporáneo; primero, porque las últimas salidas fuera de Italia estaban marcadas por las vejaciones a las que Napoleón Bonaparte había sometido al pontificado y, después, por el voluntario encierro que se habían impuesto los papas desde la pérdida de su soberanía temporal. Por eso ya habían sido una novedad las visitas de Juan XXIII a Asís y Loreto, calificadas de peregrinación para implorar la ayuda del cielo sobre el concilio.

Pablo VI interpretaba sus viajes como la salida del pastor universal al encuentro del mundo; mas, pese a la fuerza del signo, el desarrollo de este programa fue objeto de diferentes apreciaciones.

Dejando a salvo los de carácter devocional y ecuménico, los «medios» críticos los encuadraron entre la actividad diplomática de la Santa Sede, cuando no denunciaron en ellos rasgos de triunfalismo, que el Papa habría secundado con sus silencios frente a las situaciones injustas, con sus encuentros con la autoridad opresora de ciertos países, o, simplemente, con la atenuada presentación de sus enseñanzas en la encíclica «*Populorum progressio*» en lugares tan necesitados de justicia social como los del África o Hispanoamérica⁴⁹.

Cuando en 1976 Pablo VI se proponía presidir en persona el Congreso Eucarístico Internacional de Filadelfia, la desfavorable acogida que su proyecto encontró ante los responsables de su salud le indujo a pensar seriamente en la dimisión de su carga: «Un papa que no puede viajar está impedido; por el bien de la Iglesia tiene que jubilarse» —habría dicho, según un testigo fiable⁵⁰—. Su secretario, D. Macchi, habría sugerido la fórmula, que al final se siguió, de substituir el desplazamiento a los Estados Unidos por un acto en Bolsena, ante los venerados corporales del s.XIII. Desde allí el Papa enviaría su mensaje televisado al Congreso.

10. *Instituciones y reformas postconciliares*

A la obligada y definitiva suspensión de los viajes papales había precedido una atenuación de los mismos durante los tres años siguientes a la clausura del concilio, cuando la actividad pontificia se proyectó sobre los organismos encargados de interpretar sus decretos y de aplicar su reforma: a la erección de los

49. SALIERNO, 79-82. Breve relato y motivación de cada uno de los viajes: Jacques MARTIN, *Les Voyages de Paul VI*, en *Modernité*, 317-332.

50. CREMONA, 238.

secretariados para los no cristianos (17.5.1964) y para los no creyentes (9.4.1965), que completaban la tarea del Secretariado de Ecumenismo, ya erigido por Juan XXIII (1960), siguió el motu proprio «Apostolica sollicitudo», que instituía el Sínodo de los Obispos (15.9.1965), y dos meses más tarde el motu proprio «Integrae servandae» (7.12.1965), para la reforma de la Suprema Congregación del Santo Oficio, con la supresión del Índice de libros prohibidos. Este fue el primer paso para la reforma de la curia (motu proprio «Regimini Ecclesiae universae», del 15.8.1967), y, en cierto modo, para el reajuste de la corte papal (motu proprio «Pontificalis domus», del 28.3.1968) y de las medidas que regulaban el cónclave (motu proprio «Ingravescentem aetatem», del 21.11.1970, y constitución apostólica «Romano Pontifici eligendo», del 1.10.1975).

De estas innovaciones merece una mención especial la puesta en marcha del Sínodo de los obispos, que, convocado de dos en dos años, se convirtió en el instrumento visible de la participación de los pastores locales en el gobierno central de la Iglesia. Al decir de R. Laurentin, Pablo VI lo habría concebido como un organismo que, lejos de limitar los poderes del Papa, facilitara su actualización y ejercicio, con sus consejos e informes e, incluso, de facilitar sus opciones con voto deliberativo cuando el Pontífice lo creyera oportuno. Dicho de otra manera: Pablo VI esperaba del Sínodo el empuje de aquellas iniciativas que nunca habría podido esperar del estático proceder de la curia. Por eso considera esta institución como «la más sorprendente, más audaz y más rigurosamente concebida por Pablo VI; la gran decisión histórica, sin la cual las otras reformas no hubieran sido posibles»⁵¹.

En estrecha relación con el Sínodo habría que decir dos palabras sobre las conferencias episcopales; que, establecidas ya en algunos países a final del siglo pasado, fueron reorganizadas sobre la base del decreto conciliar «Christus Dominus», para unificar la pastoral diocesana de cada país y promover el contacto de los diferentes episcopados con la Sede Apostólica. Los estatutos por los que hoy se rige la mayor parte de ellas son posteriores al Código de Derecho Canónico de 1983 y, por lo tanto, al pontificado de Pablo VI; y aunque, en rigor, podrían excluirse del elenco de su actividad, fue también él quien les dio un impulso definitivo⁵².

Para llegar al perfeccionamiento y deseada eficacia de estas instituciones (Sínodo y Conferencias) queda aún mucho camino por recorrer tanto en el cam-

51. René LAURENTIN, *Paul VI et l'après-concile: Le Synode des Évêques*, en *Modernité*, 569-601. Lo citado en pag. 569s..

52. Verlas bajo diferentes aspectos en Hervé LEGRAND, Julio MANZANARES y Antonio GARCÍA (edits.), *Naturaleza y futuro de las Conferencias Episcopales*. (Actas del Coloquio Internacional de Salamanca, 1988), Universidad Pontificia, Salamanca 1988.

po de la eclesiología como en el del derecho canónico; pero hay que admitir que no es corto el andado. El Sínodo, ya esbozado en 1962 por el cardenal B. Alfrink con el apoyo del entonces cardenal de Montini, entró en el área del gobierno y magisterio papal al culminar, ya en tiempo de Pablo VI, en una exhortación apostólica que extiende y aplica a toda la Iglesia las conclusiones de los obispos. La primera de ellas fue la «*Evangelii nuntiandi*» del 8.12.1975. Las discusiones sobre la fundamentación eclesiológica y sobre la competencia jurídica de las Conferencias episcopales son todavía vivaces; pero es notorio el apoyo prestado por ellas al ministerio episcopal en aquellos países donde ya consiguieron la suficiente adultez.

La puesta en marcha del sínodo y el impulso a las conferencias episcopales debían culminar por la dinámica de los hechos en el reajuste o reforma del organismo central del gobierno en la Iglesia, que es la Curia Romana. Esta era desde hacía mucho tiempo la aspiración de Pablo VI, y a ella había aludido en una de sus primeras alocuciones. La fijeza y estabilidad de la curia era proverbial. Sólo en dos ocasiones después del concilio de Trento se había retocado su organigrama: la primera en tiempo de Sixto V, su fundador en el estilo moderno (1587), y la segunda en tiempo de San Pío X, que la ajustó a las necesidades de un Pontificado que había dejado de ser corte regia (1908). Esta era la que había conocido Montini y a la que había prestado servicio a lo largo de treinta años. A su experiencia personal, expresada en sus cartas familiares con frases que oscilan entre la admiración y la crítica, unía el conocimiento de las censuras y aspiraciones presentadas por el episcopado mundial desde el primer momento de la convocación del concilio. Que Pablo VI hubiera de proceder a una reforma de la curia romana parecía inevitable; el problema lo constituían los criterios con que hubiera de realizarse⁵³.

Pablo VI procedió en este punto con el respeto debido a la organización precedente y, sobre todo, a aquellas personas que un día habían compartido con él, o quizá decidido, su misma suerte. Así, la reforma del Santo Oficio, primer paso, como dijimos, de la reforma de la curia, se hizo después de conversaciones y cartas con el cardenal Ottaviani, su Secretario (de hecho Prefecto) en nombre del Papa, y después de nombrarle Prefecto emérito de la Congregación de la Fe, cargo y nombre que eran nuevos en la organización de aquel dicaste-

53. Además de los estudios que bajo diferentes aspectos le dedicaron en *Paul VI et la modernité* el ya citado René LAURENTIN (569-601), François-Charles UGINET (603-613) y Joël-Benoit D'ONORIO (615-645), ver: Julio MANZANARES, *La reforma de la Curia Romana por Pablo VI*, en *Paul VI et les réformes institutionnelles dans l'Église*. Istituto Paolo VI (Journée d'études, Fribourg 1985), Brescia 1987, 49-69. Ver también: Lucas MOREIRA NEVES (card.), *Paul VI et la Réforme de la Curie*, en *Notiziario* 8, 51-66.

rio⁵⁴. Pablo VI se sentía más libre al crear organismos que nunca habían existido y que respondían a las necesidades develadas por el concilio. A los secretariados para el diálogo con los no cristianos y no creyentes, de los que ya hemos hablado, siguieron el Consejo para los Laicos y la Comisión «Iustitia et pax», el 6 de enero de 1967. Así, cuando apareció la constitución apostólica «Regimini Ecclesiae universae», la reforma de la curia ya había sido ampliamente preparada.

La medida de Pablo VI se recibió con poco entusiasmo, al ser considerada más bien como una adaptación de la precedente que como una verdadera reforma. La crítica no tenía en cuenta modificaciones fundamentales, como el papel de la Secretaría de Estado en la coordinación de la curia y, dentro de ella, de la persona del Substituto; pero encuentra una justificación en el hecho de que los criterios que la inspiraban (descentralización, internacionalización y participación de los obispos diocesanos) no se impusieron apresuradamente sino que se señalaran como metas a conseguir en la medida en que lo aconsejaban las circunstancias. De hecho la reforma de Pablo VI no tuvo la duración que habían tenido las de sus precursores, pues Juan Pablo II la modificó de nuevo en la constitución «Pastor bonus», del 28 de junio de 1988.

11. *La pesada cruz del magisterio eclesiástico*

La reforma de la curia fue acompañada de una intensa actividad del magisterio eclesiástico, exigida no sólo por las ideologías que serpeaban aquellos años sino también porque Pablo VI había abstraído al concilio algunas cuestiones teológicas y morales de las que había prometido ocuparse como supremo maestro. Allí encontró su cruz y su gloria, porque, pasado el inicial entusiasmo con su persona, se abatieron sobre la Iglesia los mismos problemas que entonces conmocionaban al mundo de la cultura, de la religión y de la política. Estaba en puerta el conflictivo año 1968.

La corriente secularizante entró de lleno en la concepción de la doctrina eclesiástica, que substituyó el objeto formal de la teología por las realidades que implicaban sus modernas denominaciones de «Teología de la muerte de Dios», «de la secularización», «de la liberación», etc. Los mismos episcopados parecían demasiado condescendientes con la imprecisión dogmática del momento, transigiendo con publicaciones o textos a los que Roma ponía reparos. Son ejemplo

54. Emilio CAVATERRA, *Il Prefetto del Sant'Offizio. Le opere e i giorni del cardinale Ottaviani*, Mursia, Milano 1993, 91-113.

de ello los incidentes provocados por los nuevos catecismos holandés y francés. De aquí que el sentido obvio y genuino de los documentos conciliares fuera sacrificado a un indeterminado «espíritu del concilio», de carácter profético y subjetivo. Por otra parte se radicalizaba también la contestación del ala conservadora, que hacía llegar al Pontífice estudios sobre el criptoprottestantismo de la reforma litúrgica (dossier Ottaviani-Bacci) o abordaba en ocasionales audiencias el problema de la herejía que se infiltraba en la Iglesia (Siri). Era el clima en el que se forjaba la escisión del arzobispo Lefebvre, ya incoada durante los días del Concilio.

Casos semejantes ocurrieron seguramente en tiempo de todos los papas modernos; pero pocas veces tuvieron tanta repercusión en los medios se acumularon tan continuada y seguidamente hasta dar la impresión de que la Iglesia católica se había despertado un día en pie de contestación. Era la época en que Pablo VI respondía a las quejas de algunos obispos en vista *ad limina Apostolorum* con estas o parecidas palabras: «Hay ocasiones en que la Iglesia no es dócil a su disciplina; en esos momentos precisamente es cuando los obispos tenemos que mantener la pureza de la doctrina». La pureza de la doctrina fue la obsesión del pontificado de Pablo VI, la antorcha encendida que tenía que poner en manos de sus sucesores, que iban a encontrar también tantos pábilos vacilantes.

A la satisfacción que produjeron sus primeras encíclicas, la ya citada «*Ecclesiam suam*» (6.8.1964), esbozo de su programa pontifical, y la «*Populorum progressio*» (26.3.1967) sobre el desarrollo de los pueblos, (entre una y otra habían aparecido la «*Mense maio*» —29.4.1965—, sobre la conclusión del concilio, y la «*Christi Matri*» —15.9.1966—, sobre la paz del mundo), siguió el descontento que comenzó a producirse cuando Pablo VI abordó las cuestiones candentes en los campos de la moral y del dogma. Con bastante docilidad se recibió la encíclica «*Mysterium fidei*» (3.9.1965) sobre las desviaciones litúrgicas postconciliares y sobre la doctrina de Trento en torno al carácter sacrificial de la misa y la realidad objetiva de la conversión eucarística, que algunas escuelas teológicas explicaban insuficiente o erróneamente. De excesiva dependencia de formulaciones conciliares y técnicas fue tachado el «Credo del pueblo de Dios», la profesión de fe con que el Papa clausuró la celebración bimilenar del martirio de San Pedro y San Pablo (30.6.1967 —año de la fe—), que, sin ser una definición, reclamaba el asentimiento debido al magisterio eclesiástico.

La tensión fue subiendo hasta alcanzar límites no aceptables con la aparición de la «*Sacerdotalis coelibatus*» (24.6.1967) y, sobre todo, con la de la «*Humanae vitae*», fechada el 25 de julio de 1968. Respondían a los dos problemas

mayores que el Papa había substraído a la discusión del concilio⁵⁵. Es fácil imaginar cuál fue el eco de la primera en una época en que se acumulaban las peticiones de secularización por parte del clero; pero fue la segunda la que polarizó la contestación eclesial a la persona de Pablo VI, precisamente al cumplirse el primer quinquenio de su elección al pontificado.

«Nunca como en esta ocasión —diría el Papa tres días después de la publicación de la encíclica— hemos sentido el peso de nuestra carga. Hemos estudiado, leído, discutido cuanto pudimos; y hemos también orado... ¡Cuántas veces tuvimos la impresión de que Nos desbordaban los argumentos, cuántas hemos temblado ante el dilema de una fácil condescendencia con las opiniones en curso o de una decisión insufrible para la sociedad moderna, o arbitrariamente onerosa para la vida matrimonial»⁵⁶. La aparición de la encíclica estaba, en realidad, precedida por los estudios de una comisión que Juan XXIII había instituido poco antes de su muerte para estudiar el problema de la limitación de la natalidad y que Pablo VI había enriquecido con la adscripción de nuevos peritos y algunas parejas de matrimonios cristianos. Pero la responsabilidad de la encíclica era suya exclusivamente, no sólo porque la comisión no había llegado a un acuerdo sino porque el Papa se había reservado el último juicio, entendiendo que caía dentro del ámbito de su magisterio la doctrina «sobre la naturaleza del matrimonio y sobre el recto uso de los derechos y deberes de los esposos». De hecho la encíclica fue mal recibida en el mundo laico y menos que con «obediencia obsequiosa» en algunos ambientes católicos⁵⁷. En torno a ella polarizó la contestación eclesial, que se mantendría muy activa durante el siguiente quinquenio. Mas, en esta ocasión, la impopularidad no hizo mella en la timidez de Pablo VI, convencido hasta el final de la vida de haber tomado la decisión en plena fidelidad a su carga de pastor. Es sintomático a este respecto que Pablo VI haya subrayado la actualidad de la encíclica en la homilía de la festividad de San Pedro y San Pablo de 1978 (solemne resumen de su magisterio), presentándola como un acto de amor a la juventud, inspirado por la Palabra de Dios, la ley natural y el dictamen de su conciencia.

55. El Papa se había reservado también el tema de las indulgencias, objeto de discusión con los protestantes desde el tiempo de la Reforma, a causa de la complejidad de los votos que habían presentado los Padres (Claude SOETENS, *Interventions du Pape Paul VI au Concile Vatican II*, en *Problemi ecclesiologici*, 570s.). Se ocupó de él en la Constitución «Paenitemini» (17.2.1966), junto con la reforma de la Penitenciaría Apostólica.

56. CREMONA, 229.

57. Sobre su preparación, redacción y aceptación por la opinión pública (francesa) ver: *Modermité*, estudios de Michel ROUCHE (361-384), Jan GROOTAERS (385-398), Gustave MARTELET (399-415) y Jean-Luc POUTHIER (417-418).

Pese a la firme convicción de no haber traicionado *il santo vero*, Pablo VI no escribió más encíclicas, prefiriendo otros géneros de expresión incluso para los documentos destinados a tener validez universal en la Iglesia, como la carta apostólica «Octogesima adveniens» (14.5.1971), en el 80 aniversario de la «Rerum novarum», y las exhortaciones apostólicas «Marialis cultus» (2.2.1974), «Gaudete in Domino» (9.5.1975), y, sobre todo, la «Evangelii nuntiandi» (8.12.1975), que abría nuevas vías al anuncio del Evangelio en la cultura de nuestro tiempo.

12. Pablo VI y el mundo de la política

No se podría terminar un estudio sobre el pontificado de Pablo VI sin decir dos palabras acerca de sus opciones políticas, que ayudan a esclarecer la actividad de la Santa Sede, primeramente en relación con Italia, y desde ahí con otros países de fuerte raigambre católica. Ciertamente no faltan ensayos en este sentido; pero la escasez de la documentación puesta en manos de los historiadores limita bastante las posibilidades de dar en el blanco. Las mismas relaciones de Pablo VI con España, por poner un ejemplo que nos interesa de cerca, fueron objeto de un reciente simposio del Instituto Pablo VI en Madrid; pero el análisis de algunos sucesos parece responder a visiones muy personales, y no todos los que intervinieron en ellos dan por bueno el que se ha presentado. Dejando, pues, para el final de este artículo algunas consideraciones sobre el problema español, comencemos por entretener la cadena de las actitudes y preferencias políticas de Juan Bautista Montini en Italia durante los períodos más significativos de su presencia en la vida pública. Ellas son como el paradigma que encierra la clave del proyecto intentado en otras naciones.

Como hemos dicho más arriba, Montini heredó de su padre una mentalidad democrática que le marcó para toda su vida. Su rechazo frente a las dos fuerzas que durante su juventud se disputaban el predominio en Italia: el comunismo y el fascismo, era igualmente visceral a causa del ateísmo que entrañaba la primera y del totalitarismo con que procedía la segunda, que tan graves daños había causado a los intereses económicos y sociales de su familia. La tragedia de Montini era que pocas veces podía hablar y actuar con independencia, estando, como estaba, condicionado por las opciones de la Sede Apostólica. Y así, ya he dicho que, pese a su encargo de minutante en la Secretaría de Estado, no pudo aplaudir la política conciliadora del papa Pío XI, no tanto por lo que aquella tenía de pactista cuanto a causa de las personas que entonces regían los destinos de la nación italiana.

Más coherente con sus convicciones era la idea política de Pío XII, que, haciendo frente a la acusación de ejercer un excesivo intervencionismo en los

asuntos de Italia, privilegiaba la formación de un único partido católico, según el proyecto democristiano de Alcide De Gasperi. Con éste colaboró de buen grado el Substituto, Juan Bautista Montini, contra las preferencias de otros sectores de la curia, que habrían deseado un partido más clerical.

El cambio que se produjo en el pontificado de Juan XXIII, que se abstuvo de intervenir en los asuntos cívicos italianos, dejando a los católicos libertad de elección en este sentido, poco o nada influyó en el proceder de Montini, alejado ya de la colaboración inmediata con la Santa Sede por razones a las que no habían sido ajenas sus convicciones políticas. Pablo VI, respetando la postura adoptada por su antecesor, volvió a apuntar hacia la unidad práctica del partido católico; pero, a partir de los años sesenta y a causa de los contrastes existentes en el seno de la Democracia Cristiana, la Iglesia le fue reduciendo su apoyo, a la vez que dulcificaba el tono de su polémica con el comunismo. La DC, por su parte, afirmaba la independencia y autonomía de sus estructuras frente a eventuales ingerencias de la Jerarquía bajo la inspiración de Aldo Moro. El secuestro y asesinato de éste vendría a demostrar el escaso éxito de la política aperturista, a la que Pablo VI había otorgado confianza.

No creo necesario insistir en que el apoyo político del Pontífice se llevó a cabo a base de medidas indirectas y diplomáticas, como fueron la renovación de los cuadros dirigentes de la A.C., de la presidencia de la CEI y de la parte más representativa del episcopado italiano, de acuerdo con los criterios que el prof. Riccardi resume de esta manera: «Pablo VI es un papa profundamente italiano, que no renuncia a seguir de cerca los avatares de la Iglesia de la cual es primado. En consecuencia, pone las premisas de la autonomía de esta iglesia con la formación de un episcopado unitario... Como Papa, el móvil central de su actividad provenía de aceptar con realismo la crisis religiosa de la nación sin fiarse de su identidad tradicionalmente cristiana. Con todo, su respuesta a la crisis no fue el repliegue hacía la interioridad de la Iglesia sino el compromiso de ésta en el campo de la evangelización y de la promoción humana»⁵⁸. Un proyecto religioso, pero con vigorosos tentáculos hacia el campo de la política.

Los criterios descritos en el párrafo precedente son los mismos que regularon las relaciones de la Santa Sede con los demás estados de Europa y, en especial, con España, donde atravesaron durante el pontificado de Pablo VI uno de los períodos más difíciles a lo largo del siglo XX. Una dificultad más afectiva que efectiva; pero por eso mismo de mayor resonancia en grandes sectores del

58. Andrea RICCARDI, *La Santa Sede e la Chiesa in Italia*, en *Modernité*, 669. Tenemos en cuenta lo escrito por el autor en *Il Potere del Papa*, 253ss.

pueblo cristiano⁵⁹. Que el régimen personalista del general Franco no era del agrado de Juan Bautista Montini, como no lo había sido de su maestro Pío XII, puede darse por descontado, aunque sólo fuera por los ecos del fascismo italiano que creían percibir en él y por la duración injustificadamente larga que se presagiaba desde el comienzo. Por eso, ya en 1947, el Substituto Montini había tenido la «indiscreción diplomática» de revelar a un representante del gobierno español «que el Vaticano deseaba que Franco fuera eliminado pacíficamente cuanto antes y substituido por un “suitable” régimen monárquico». Así, al menos, se dijo en el simposio de Madrid. El lector puede imaginar el efecto de tales declaraciones en el gobierno y en una parte del pueblo español.

Pero la intervención más sonada de Juan Bautista Montini en España fue el famoso telegrama que, como arzobispo de Milán, envió al Generalísimo el 9 de octubre de 1962. Era la petición de gracia en favor del anarquista Jordi Cornill, de quien se decía que había sido condenado a muerte por un tribunal militar. La ejecución no llegó a realizarse; pero el gobierno hizo saber que no era debido a intervenciones externas sino al hecho de que tal condena nunca se había pronunciado. La verdad es que el telegrama del cardenal milanés pesaba como una losa sobre la idea que de Montini se habían forjado en España los partidarios del régimen; y en él se apoyaban los comentarios más negativos que suscitó su elección.

La oportunidad del humanitario gesto del cardenal puede ponerse en tela de juicio; pero lo que no es justo es llevarlo más allá de sus límites y convertirlo en punto de referencia de las difíciles relaciones entre la Santa Sede y España durante el pontificado de Pablo VI. A la autoridad española le dolió en lo más vivo el análisis que sobre el catolicismo español había emitido el Papa ante el Embajador D. Antonio Garrigues en 1968, insistiendo indebidamente —decían— sobre la descristianización de la sociedad española y la relajación de la disciplina entre el clero. Los que entonces se rasgaron las vestiduras desconocían seguramente que un análisis todavía más duro lo había dedicado a la religiosidad del pueblo italiano y, en general, de las demás naciones de Europa que otra se distinguían por su fidelidad a la Iglesia. Los fenómenos que señalaba en el caso de España eran incontestables: la situación de los seminarios, la secularización y abandono del ministerio de cientos de sacerdotes, la crisis de la Compañía de Jesús, la ambigua situación de la Acción Católica, el compromiso de los obispos con el régimen establecido cuando ellos serían los llamados a aplicar el remedio. La conversación se producía, efectivamente, a raíz de la respuesta ne-

59. Sigo a Juan María LABOA, *Pablo VI, el régimen político y la sociedad española*, en *Pablo VI y España*, Pubblicazioni dell'Istituto Paolo VI, Brescia 1996, 17-44. Ver en el mismo libro otros estudios y testimonios acerca del tema.

gativa de Franco a la petición de renuncia a su privilegio de intervención en el nombramiento de los obispos, que Pablo VI le había hecho en carta privada.

El nombramiento de los obispos era otro capítulo al que Pablo VI estaba prestando atención preferente en todas las naciones de Europa con el fin de orientarlo de la manera más acorde a las exigencias del Concilio Vaticano II. Así, en Francia y en los Países Bajos, donde la mayor parte del episcopado provenía del área del apostolado social, se prefirieron los nombramientos de preladados comprometidos con el mundo de la cultura y de la ciencia eclesiástica; mientras en Italia se pretendía una orientación inversa, poniendo al frente de las grandes diócesis a pastores de la confianza del Papa, que sustituían a viejos y grandes profesores, que por lo general habían militado en la minoría conciliar. Esto mismo fue lo que Pablo VI se proponía hacer en España a través de las nunciaturas Riberi y Dadaglio⁶⁰. El derecho de presentación —afirmaba este último— más que un modo de hacer obispos lo es de impedir que lo sean unas pocas personas hostiles al régimen.

Cualquiera que sea el juicio que el resultado de esta política le merezca a la historia, es evidente que Pablo VI quiso dejar a la Iglesia un legado de libertad y de independencia ante los poderes del mundo. Frente a este supremo criterio, otros incidentes entre la política española y las orientaciones del Vaticano, como la asamblea conjunta con sus reivindicaciones eclesiásticas y políticas, el caso Añoveros, que estuvo en peligro de culminar con sentencias de excomunión para algunos de los ministros, el silencio del Papa ante el atentado contra Carrero Blanco, su protesta por la ejecución de cinco terroristas en 1975, las interminables e interminadas gestiones para la revisión del concordato de 1953, y hasta la congelación de un pretendido viaje papal a España, como reveló el embajador Garrigues, tienen, dentro de su gravedad, un carácter más nacional y privado.

Las preferencias del Vaticano chocaban con los sentimientos de un buen número de españoles, enardecidos por la decrepitud y la muerte del que habían considerado durante cuarenta años defensor de supremos valores patrióticos y morales; y ello no podía dejar de repercutir sobre la persona y la obra del Papa reinante. A Pablo VI no le faltaban motivos al expresar el temor de que se pudiera poner en tela de juicio la reciprocidad de su afecto hacía un pueblo que siempre se había distinguido por su devoción a la Sede Apostólica. No llegó a

60. Ver a este propósito la ponencia de Joaquín Luis ORTEGA, *Pablo VI y la Iglesia de España*, en *o.c.*, 60-76. Compárese el programa de Pablo VI para la aplicación del concilio en España con el seguido en otras naciones de Europa, sobre el que se encuentran certeros estudios en *Paul VI et la modernité*.

afirmarse tal cosa, porque, en realidad, había pocos que no admitieran que el tira y afloja entre España y el Vaticano obedecía a motivos coyunturales, pronto llamados a desaparecer. Los mismos que denostaban al Pablo VI pastor y político, celebraban su independencia, su valentía y su grandeza como pastor y maestro. Un signo de contradicción, que no impidió que la muerte del Papa Montini culminara en España en la *exaltatio memoriae* que tuvo lugar en otras partes del mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Carlo CREMONA, *Paolo VI*, Rusconi, Milano 1991.
- Paolino SALIERNO, *Giovanni Battista Montini, dalla cattedra di Ambrogio alla cattedra di Pietro*, Greco, Milano 1992.
- Peter HEBBLETHWAITE, *Paul VI. The first moderne Pope*, Harper Collins, London 1993.
- Agostino BORROMEO, *Paolo VI*, en: Armando SAITTA, *L'età contemporanea II*, Lucarini, Roma 1991, 553-565. (Sucinto y exacto estudio).
- [Giovanni Maria VIAN], *Paolo VI*, en *Piccola Treccani (Dizionario Enciclopedico)*, Roma 1995, 767. (Datos esenciales sobre la persona y la obra).
- Philippe LEVILLAIN, *Paul VI*, en *Dictionnaire historique de la Papauté*, Fayard, Paris 1994, 1272-1285. IDEM, *La Mécanique politique de Vatican II*, Beauchesne, Paris 1975.
- Antonio FAPPANI-Franco MOLINARI, *Montini giovane 1897-1944. Documenti inediti e testimonianze*, Marietti, Torino 1979. (Citado: *Montini giovane*).
- Nello VIAN (a cura di), *Anni e opere di Paolo VI*, Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma 1976. (Citado: *Anni e opere*).
- IDEM (a cura di), G.B. MONTINI, *Lettere ai familiari 1919-1943*, Istituto Paolo VI (Pubblicazioni 4), Brescia 1986, 2 vols. (Citado: *Familiari*).
- Pál ARATO, S.J.-Paolo VIAN (edits.), *Paulus PP. VI (1963-1978). Elenchus bibliographicus*, Istituto Paolo VI (Pubblicazioni 1), Brescia 1981.
- Andrea RICCARDI, *Il potere del papa da Pio XII a Paolo VI*, Laterza, Roma-Bari 1988.
- VV. AA., *Istituto Paolo VI. Notiziario*, nn. 1-32, Brescia 1980-1992.
- *Pubblicazioni dell'Istituto Paolo VI*, 18 vols., Brescia 1981-1996.
- *Paul VI et la modernité dans l'Église. Actes du colloque...2-4 juin 1983*, École française de Rome, Roma 1984. (Citado: *Modernité*).

N.B.: bibliografía colateral, en las notas.

José Luis González Novalín
Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat
Via Giulia, 151
I-00186 Roma